

Miriam sueña con mujeres desnudas recogiendo flores y bañándose en un lago paradisíaco.

Al fin se había dado cuenta que la moda, algo que siempre le había obsesionado, ya que no era guapa y quería destacar frente a las demás, propiciaba una especie de guerra psicológica y de poder entre las mujeres.

De ahí que los anuncios de Dove siempre le hubieran inquietado.

¿Qué sería de ella sin su ropa de marca?

De hecho, para su primera entrevista de trabajo, le había pedido prestada una chaqueta de Dolce & Gabbana a una amiga para sentirse segura.

Y claro, a base de sugestión, había funcionado.

En el fondo las prendas de vestir eran armas con las cuales las mujeres se herían unas a otras en una guerra sin cuartel.

Y lo peor es que estaba perfectamente aceptado socialmente, aún a sabiendas de la frustración que causaba a aquellas que no podían permitírselo.

Y hasta a las que sí podían, pues a lo mejor la prenda carísima que se compraban luego no les sentaba tan bien como a las modelos.

Ahora comprendía los experimentos llevados a cabo con mujeres que tras la lectura de revistas femeninas, como en la que ella trabajaba, registraban bajos niveles de serotonina.

Y justamente las consecuencias de los bajos niveles de esta sustancia eran la falta de energía, de libido, la depresión y los trastornos del sueño.

¡Qué casualidad!

Resulta que conocía a varias mujeres que sufrían esos males y coincidía que todas leían su revista.

Incluso dormida, pensándolo de modo inconsciente, se le ponían los pelos de punta.

Lo cierto es que los hombres hacían lo mismo con los vehículos a motor o los aparatos electrónicos.

Todos devoraban cuantas publicaciones y anuncios se les ofrecían.

También, cuando salían a la calle, no miraban otra cosa más que el coche o la moto del prójimo.

A las mujeres, a menos que estuvieran como un tren, no les hacían ni caso.

Así andaban, cada uno por su lado y completamente alienados.

Aunque en el caso de las mujeres era peor porque ellas portaban sobre su cuerpo los productos de consumo alienantes.

No los utilizaban, como hacían los hombres, sino que eran utilizadas por ellos.

¡Qué horror!

Si se encontrara despierta y pensara en todos los años que había invertido en examinar con detalle prendas de vestir, desearía suicidarse.

Pero para eso estaban los sueños, para liberarnos.

Ellos eran nuestros únicos y verdaderos psicoanalistas.

Incluso Freud, dándose cuenta de ello, había tratado de apropiárselos, autoproclamándose su intérprete.

Siempre había visto en aquel hombre a un terrible opresor del género femenino, y justo aquella noche había descubierto que tenía razón.

Todo gracias a una obra de arte.

Y es que el arte representaba una verdadera religión a la que todos deberíamos consagrarnos para ser felices, liberarnos y amarnos.

Se sentía dichosa porque ya había encontrado el final para su novela.

Las pacientes del Mono Liso lo asesinarían y devorarían, convirtiéndose en Monas Lisas, como aquellas con las que sueña disfrutando desnudas del paraíso.